

que quieren llevar los negocios del pueblo, á fin de engordarse con la sustancia del pueblo.

Sois incapaces, dicen, de comprender vuestros intereses, y dicho esto, no os permitirán disponer de lo que es vuestro para un objeto que juzguéis útil; sino que dispondrán ellos de ello, mal vuestro grado, para otro objeto que os desagrade ó repugne.

Sois incapaces de administrar una pequeña propiedad común, incapaces de saber lo que os conviene, de conocer vuestras necesidades y de remediarlas; y esto dicho, os enviarán hombres bien pagados, á expensas vuestras, que dirigirán vuestros negocios á su albedrío, os impedirán que hagáis lo que queráis hacer, y os obligarán á hacer lo que no queráis.

Sois incapaces de discernir qué género de educación os conviene dar á vuestros hijos; y por cariño á vuestros hijos los lanzarán en sentinas de impiedad y de malas costumbres, á no que preferáis que vivan desnudos de toda instrucción.

Sois incapaces de juzgar si podéis, vosotros y vuestras familias, subsistir con el salario que os señalan por vuestro trabajo; y bajo severas leyes se os prohibirá concertaros para obtener un aumento en ese salario para que podáis vivir vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Si esto que dice esa raza hipócrita y codiciosa fuese verdad, seríais por cierto inferior con mucho al bruto, porque el bruto sabe cuanto de vosotros afirman que no sabéis, y bástale para saberlo el instinto.

Dios no os ha criado para que seáis rebaño de algunos otros hombres. Antes os ha hecho para vivir libremente como hermanos en sociedad. Un hermano nada tiene que mandar á su hermano. Los hermanos se unen entre sí con mutuos convenios, y esos convenios son la ley, y la ley debe de ser acatada, y todos deben unirse para impedir que la violen, porque ella es salvaguardia de todos, voluntad é interés de todos.

Sed hombres: ninguno es poderoso bastante para uncirlos al yugo mal vuestro grado; pero vosotros podéis sujetar el cuello á la argolla, si queréis.

Hay animales estúpidos, á los cuales se encierra en establos, que son criados para el trabajo, y cebados en su vejez para ser sus carnes comidas.

Otros hay que viven en el campo á su libertad, que nadie puede doblegar á la servidumbre, que no se dejan seducir con pérfidas cari-

cias, ni vencer con amenazas y malos tratos.

Los hombres animosos parécense á éstos; son los cobardes como los primeros.

## XXII

Comprended cómo se puede ser libre.

Para ser libre es preciso empezar por amar á Dios, porque si amáis á Dios, haréis su voluntad; y la voluntad de Dios es la justicia y la caridad, sin las cuales no se da libertad.

Cuando con violencia ó con arteria se toma lo que es de otro; cuando se le vulnera en su persona; cuando en cosa lícita se le impide obrar conforme á su gusto, ó se le fuerza á obrar en contra de él; cuando en cualquier manera se viola su derecho, ¿qué es esto? Una injusticia. La injusticia es pues quien destruye la libertad.

Si cada cual se amase á sí solo, y no amase más que á sí, sin acudir al socorro de los demás, veríase á veces el pobre obligado á robar lo ajeno para vivir y sustentar á los suyos, sería el débil oprimido por el fuerte, y éste por otro más fuerte todavía; reinaría la injusticia en todas partes. La caridad es pues quien conserva la libertad.

Amad á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos, y desaparecerá la servidumbre de la faz de la tierra.

Sabed con todo que los que se aprovechan de la servidumbre de sus hermanos, pondrán en juego los medios todos de prolongarla. Así emplearán la fuerza como la mentira.

Dirán que el dominio arbitrario de algunos y la esclavitud de los demás es el orden establecido por Dios; y á fin de conservar la tiranía, no temerán blasfemar contra la Providencia.

Respondedles que el Dios de ellos es Satanás, el enemigo del género humano, y el vuestro es el que ha vencido á Satanás.

Soltarán después contra vosotros sus satélites, levantarán cárceles sin número para encerraros, os perseguirán con el hierro y con el fuego, os atormentarán y derramarán vuestra sangre como el agua de las fuentes.

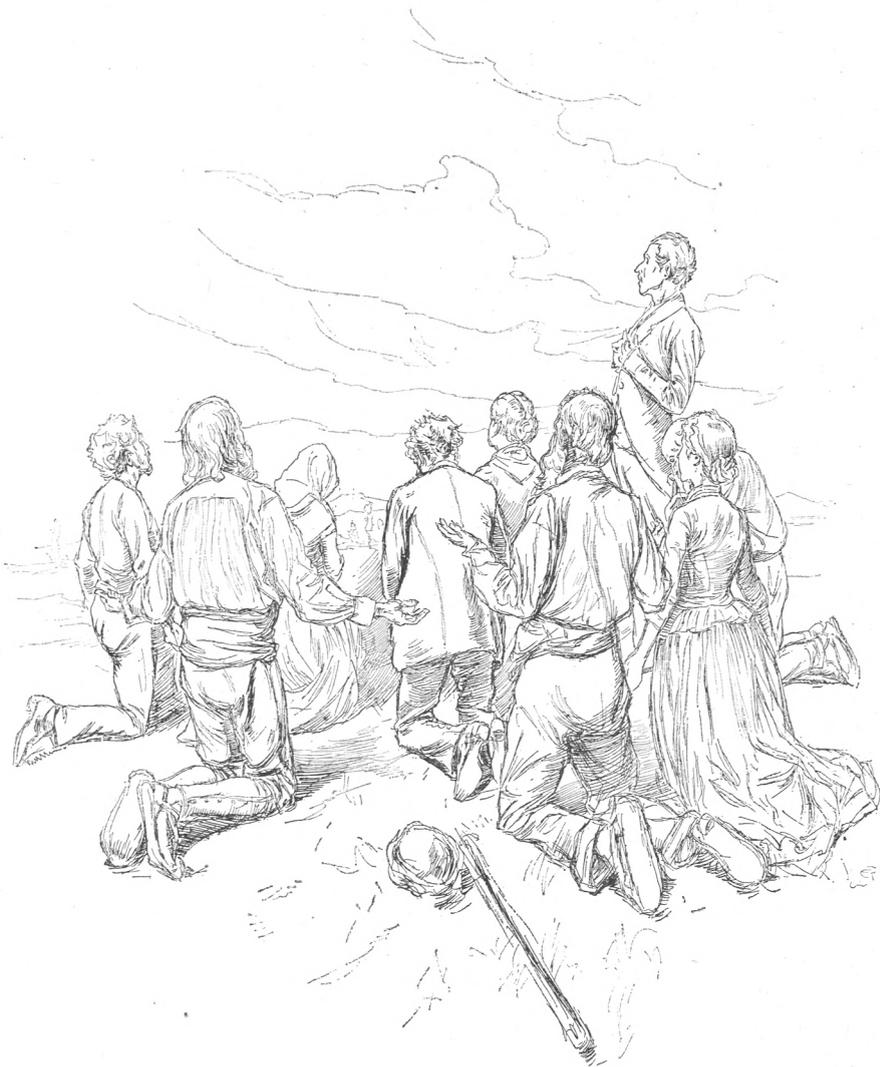
Ahora bien, si no estáis resueltos á pelear sin descanso, á soportarlo todo sin doblaros, á no cansaros jamás, y á no ceder en la vida, conservad vuestras cadenas, y renunciad á una libertad de que sois indignos.

La libertad es como el reino de Dios; sufre violencia, y los violentos la arrebatan.

Y la violencia que os ha de poner en pose-

sión de la libertad, no es la violencia feroz de los ladrones y salteadores, la injusticia, la venganza, la crueldad, sino una voluntad fuerte, inflexible, un valor sereno y generoso.

La causa más santa tórnase causa impía y execrable cuando se emplea el crimen para sostenerla. Puede el hombre criminal pasar de esclavo á tirano; nunca, empero, será libre.



## XXIII

Señor, nosotros recurrimos á vos desde el abismo de nuestra miseria.

Como los animales, que no tienen que dar á sus pequeños,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la oveja á quien robaron su cordero,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la paloma sorprendida por el sacre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el gamo entre las garras del tigre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el toro vencido del cansancio y ensangrentado por el arpón,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pájaro herido y perseguido por el perro,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la golondrina rendida á la fatiga al cruzar los mares, y palpitante sobre las olas,

Recurrimos á vos, Señor.

Como viajeros extraviados en un desierto abrasado y sin agua,

Recurrimos á vos, Señor.

Como náufragos en playa estéril,

Recurrimos á vos, Señor.

Como aquel que, cerrada ya la noche, encuentra junto á un cementerio un espectro repugnante,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el padre á quien le arrebatan el pedazo de pan que llevaba á sus hijos hambrientos,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el preso, á quien injusto poderoso lanzó en calabozo húmedo y sombrío,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el esclavo destrozado por el azote del amo,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el inocente arrastrado al cadalso,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pueblo de Israel en la tierra de esclavitud,

Recurrimos á vos, Señor.

Como los descendientes de Jacob, cuyos primogénitos ahogaba el rey de Egipto en el Nilo.

Recurrimos á vos, Señor.

Como las doce tribus, cuyo trabajo aumentaban diariamente sus opresores, cercenándoles á la vez el alimento,

Recurrimos á vos, Señor.

Como todas las naciones de la tierra, antes de que hubiese lucido la aurora de redención,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el Cristo enclavado en la cruz, cuando dijo: Padre, Padre, ¿por qué me habéis abandonado?

Recurrimos á vos, Señor.

Señor, vos no habéis desamparado á vuestro hijo, á vuestro Cristo, sino en la apariencia y por breve espacio: tampoco desampararéis para siempre jamás á los hermanos del Cristo. Su divina sangre, que los ha rescatado de la esclavitud en que el príncipe de este mundo los tenía, los redimirá también de la esclavitud en que los tienen los ministros del príncipe de este mundo. Ved sus pies y sus manos taladradas, abierto su costado y cubierta su cabeza de sangrientas llagas. Dentro de la tierra misma que en herencia les dejaste, hanles ahondado un vasto sepulcro, donde los han arrojado confundidos, y han sellado la losa con un sello, en el cual, por sarcasmo, han osado grabar vuestro santo nombre. Y allí paran, Señor, yacientes, empero no para siempre. Tres días más, y romperáse el sello sacrílego, y será la losa quebrantada, y los que duermen se despertarán, y el reino del Cristo, que es todo justicia y caridad, y paz y alegría en el Espíritu Santo, comenzará. Así sea.

#### XXIV

Cuanto en el mundo sucede lleva por delante una señal precursora.

Antes de que salga un sol, tíñese el horizonte en mil tintas, y parece el Oriente un mar de fuego.

Antes de que estalle la tormenta, óyese en la playa un rumor sordo, agítanse las olas como por sí mismas.

Los innumerables pensamientos diversos que se cruzan y confunden en el horizonte del mundo espiritual, son la señal precursora que anuncia la próxima salida del sol de las inteligencias.

El murmullo confuso, y el desasosiego interior de los pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.

Preparaos, porque los tiempos se acercan.

En aquel día, habrá grandes terrores, y gritos tales como no se han oído desde los tiempos del diluvio.

Los reyes aullarán sobre sus tronos; en balde pugnarán por retener con entrambas manos sus coronas, arrebatadas por los huracanes, y serán con ellas barridos.

Los ricos y los poderosos saldrán desnudos de sus palacios por temor de ser bajo sus ruinas sepultados.

Veráelos, errantes por los caminos, pedir á los transeuntes algunos harapos para cubrir su desnudez, un poco de pan negro para aplacar su hambre, y dudo si lo obtendrán.

Y habrá hombres de quienes se apoderará la sed de sangre, y que adorarán la muerte, y que querrán hacerla adorar.

Y la muerte extenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y bajará esa bendición sobre su corazón, y cesará de latir.

Conturbaránse los sabios en su ciencia, y aparecerán como un átomo negro, cuando salga el sol de las inteligencias.

Y á medida que se alce, derretirá su calor las nubes amontonadas por la tempestad, y no serán de entonces más sino un ligero vapor, que un viento suave barrerá hacia el Poniente.

Nunca habrá estado el cielo tan sereno, ni tan verde la tierra y tan fecunda.

Y en vez del débil crepúsculo, que llamamos día, una luz viva y pura se irradiará de lo alto como reflejo de la faz de Dios.

Y miraránse los hombres á esta luz, y dirán: No nos conocíamos á nosotros, ni conocíamos á los demás: no sabíamos lo que era el hombre. Ahora lo sabemos.

Y cada uno se amará á sí propio en su hermano, y tendrá á dicha servirle; y no habrá pequeños, ni habrá grandes, á causa del amor, que lo iguala todo, y las familias todas no serán más que una familia, ni las naciones todas sino una nación.

He aquí el sentido de las letras misteriosas que los ciegos judíos sobrepusieron á la cruz del Cristo.

#### XXV

Era una noche de invierno. Silbaba el viento fuera, y blanqueaba la nieve los tejados.

Debajo de uno de esos tejados, en vivienda estrecha, se veían sentados, haciendo labor de manos, una mujer con cabellos blancos, y una muchacha.

Y de vez en cuando calentaba la anciana á su mezuquino brasero sus manos descoloridas. Una lámpara de barro alumbraba la pobre estancia, y un rayo de la lámpara iba á morir en una imagen de la Virgen, pendiente de la pared.

Y la inocente muchacha, alzando los ojos, contempló silenciosa un breve instante la mujer de los cabellos blancos, y luego dijo: Madre mía, no habéis vivido siempre en este abandono.

Y había en su voz suavidad y ternura inexplicables.

Y la mujer de los cabellos blancos respondió: Hija mía, Dios es árbitro; lo que hace, bien hecho está.

Dichas estas palabras, calló por breve espacio, y repuso en seguida:

Cuando perdí á tu padre sentí un dolor que creí sin consuelo: tú con todo me quedabas; pero entonces sólo en él pensaba.

Después he pensado que si hubiera vivido, y nos hubiera visto en tal penuria, su alma se hubiera despedazado; y he conocido que Dios había sido misericordioso para con él.

La inocente muchacha no respondió nada, pero inclinó la cabeza, y algunas lágrimas, que procuraba ocultar, cayeron sobre el retazo que en las manos tenía.

La madre añadió: Dios que ha sido misericordioso con él, lo ha sido también con nosotros. ¿Qué nos ha faltado, en tanto que á otros les falta todo?

Fuerza ha sido en verdad acostumbrarnos á poco, y aun eso poco granjearlo con nuestro trabajo; pero eso poco, ¿no basta? ¿y no se han visto todos desde el principio condenados á vivir de su trabajo?

Dios, en su bondad, nos ha dado el pan de cada día; ¿y cuántos carecen de él? un albergue; ¿y cuántos no saben dónde albergarse?

Me ha dado, además, á tí; ¿de qué puedo quejarme?

Oídas estas últimas palabras, la inocente, conmovida, cayó á los pies de su madre, tomóle las manos, las besó, é inclinóse llorando sobre su regazo.

Y la madre, esforzando la voz, como más pudo: Hija mía, no está la dicha en poseer mucho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no está aquí abajo, ni

nuestro amor tampoco; ó si está es sólo de paso.

Después de Dios, tú lo eres todo para mí en este mundo, pero este mundo se desvanece como un sueño, y por eso se sublima mi amor contigo á otro mundo mejor.

Cuando te llevaba en mi seno, rogué un día con más fervor á la Virgen María, y aparecióme en tanto que dormía, y me parecía que con celestial sonrisa me presentaba una criatura.

Y cogí la criatura que me presentaba, y, cuando la tuve en mis brazos, colocó la Virgen María sobre su cabeza una corona de rosas blancas.

Pocos meses después naciste, y la dulce visión no se apartaba de mis ojos.

Diciendo esto, la anciana encanecida se estremeció, y estrechó contra su corazón á la inocente muchacha.

De allí á poco tiempo una alma bienaventurada vió dos figuras luminosas remontarse al cielo; un coro de ángeles las acompañaba, y vibraban en el aire los cánticos de alegría.

## XXVI

Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestras manos no son sino sombras, y el sonido que hiere vuestro oído no es sino un eco grosero de la voz interior y misteriosa que adora y ruega y gime en el seno de la creación.

Porque toda criatura gime, toda criatura pugna por nacer á la vida verdadera, por pasar de las tinieblas á la luz, de la región de las apariencias á la de las realidades.

Ese sol brillante, tan hermoso, no es sino el ropaje, el emblema oscuro del verdadero sol, que alumbra y vivifica las almas.

Esta tierra, tan rica y verdecida, no es sino la pálida mortaja de la naturaleza; porque la naturaleza, también degenerada, ha bajado al sepulcro, como el hombre, pero como él para renacer.

Debajo de esa densa vestimenta del cuerpo, semejáis á un viajero, que en su tienda de campaña, y ya cerrada la noche, ve, ó cree ver pasar fantasmas.

El mundo real está velado para vosotros. El que se recoge dentro de sí mismo le entrevé como á lo lejos. Secretas influencias que duermen dentro de él dispiértanse un momento, solevantan una punta del velo que el tiempo tiene con su mano rugosa, y encuéntrase su vista interior absorta en las maravillas que contempla.

Vosotros estáis también en la orilla del Océano de los seres; no penetráis, empero, sus honduras. Camináis á la caída de la tarde á orillas del mar, y sólo divisáis un poco de espuma, que arrojan las oleadas en la playa.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como la criatura en el seno de la madre, que espera la hora del nacimiento: como el insecto alado en el gusano reptil, anhelando salir de esta cárcel terrenal, para tomar vuestro vuelo hacia el Empíreo.

## XXVII

¿Quién se apiñaba al rededor del Cristo para oír su palabra? El pueblo.

¿Quién le seguía en la montaña y en los sitios desiertos para escuchar sus lecciones? El pueblo.

¿Quién quería elegirle por rey? El pueblo.

¿Quién extendía sus vestiduras y arrojaba palmas delante de él, gritando Hossanna, á la sazón de su entrada en Jerusalén? El pueblo.

¿Quién se escandalizaba á causa de los enfermos que curaba el día del sábado? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le interrogaba insidiosamente y le tendía lazos para perderle? Los escribas y los fariseos.

¿Quién decía de él: Está poseído? ¿Quién le llamaba hombre de gula, y amante de la buena vida? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le trataba de sedicioso y blasfemo? ¿quiénes se coligaron para darle muerte? ¿quién le crucificó en el Calvario, entre dos salteadores de caminos?

Los escribas y los fariseos, los doctores de la ley, el rey Herodes y sus cortesanos, el gobernador romano y los príncipes de los sacerdotes.

Su astucia hipócrita engañó al mismo pueblo. Moviéronle á pedir la muerte de aquel que le había alimentado en el desierto con siete panes, que devolvía la salud á los enfermos, la vista á los ciegos, el oído á los sordos, y el uso de sus miembros á los paralíticos.

Pero Jesús, viendo que habían seducido á aquel pueblo como la serpiente sedujo á la mujer, rogó á su Padre, diciendo: Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y sin embargo, diez y ocho siglos han pasado, y el Padre no los ha perdonado todavía, y arrastran su suplicio por la redondez de la tierra, y por todas partes el esclavo tiene que baxarse para verlos.

La misericordia del Cristo no reconoce excepción. Ha venido al mundo para salvar, no á algunos hombres, sino á los hombres todos; para cada uno de ellos ha tenido una gota de sangre.

Pero especialmente amaba con amor de predilección á los pequeños, á los débiles, á los humildes, á los pobres, á aquellos que sufren.

Latía su corazón sobre el corazón del pueblo, y el corazón del pueblo latía sobre el suyo.

Y allí es, sobre el corazón del Cristo, donde los pobres enfermos se reaniman, y donde los pueblos oprimidos reciben fuerza y valor para emanciparse.

¡Ay de aquellos que se alejan de él y que le niegan! Su miseria es irremediable y eterna su servidumbre.

## XXVIII

Tiempos se han visto en que el hombre creía ofrecer á Dios un sacrificio agradable, degollando al hombre cuyas creencias diferían de las suyas.

Mirad con horror esos homicidios execrables.

¿De qué suerte pudiera la muerte del hombre agradar á Dios, que ha dicho al hombre: No matarás?

Cuando la sangre del hombre corre sobre la tierra, como ofrenda al Señor, acuden los espíritus infernales á beberla, y éntranse en aquel que la ha derramado.

Comiézase sólo á perseguir cuando se pierde la esperanza de convencer; y quien desespera de convencer, ó blasfema en su interior el poder de la verdad, ó carece él mismo de confianza en la verdad de las doctrinas que anuncia.

¿Qué insania mayor que decir á los hombres: Creed ó morid?

La fe es hija del Verbo: penetra en los corazones con la palabra, y no con el puñal.

Jesús pasó haciendo bien, cautivando con la bondad, y moviendo con su dulzura las almas más empedernidas.

Sus labios divinos bendecían, y no maldecían sino á los hipócritas. No escogió, empero, verdugos para apóstoles.

Decía á los suyos: Dejad que crezcan juntos hasta la siega el bueno y el mal grano: el padre de familia los separará en la era.

Y á aquellos que le querían obligar á hacer descender el fuego del cielo sobre una ciudad

incrédula: Vosotros no sabéis cuál espíritu es el vuestro.

El espíritu de Jesús es espíritu de paz, de misericordia y de amor.

Los que en su nombre persiguen, los que escrutan las conciencias con la espada, los que atormentan el cuerpo para convertir el alma, los que provocan las lágrimas en vez de enjuagarlas, esos todos no participan del espíritu de Jesús.

¡Ay del que profana el Evangelio, tornándolo para los hombres objeto de terror! ¡ay del que escribe la nueva feliz sobre hoja ensangrentada!

Acordaos de las catacumbas.

En aquel tiempo os arrastraban al cadalso, os arrojaban á las fieras en el anfiteatro para servir de solaz al populacho, os lanzaban por miles en el fondo de las minas y en las cárceles, os confiscaban vuestros bienes, os hollaban con los pies como lodo de las plazas públicas; y para celebrar vuestros misterios proscritos no teníais más asilo que las entrañas de la tierra.

¿Qué decían vuestros perseguidores? Decían que propalabais doctrinas peligrosas; que vuestra secta, cual la llamaban, alteraba el orden y la paz pública; que, violadores de las leyes y del género humano, conmovíais el imperio al conmover la religión del imperio.

Y en tanta penuria, bajo opresión tanta, ¿qué pedíais? Libertad. Reclamabais el derecho de no obedecer sino á Dios, de servirle y de adorarle según vuestra conciencia.

Aunque se engañen en su fe, cuando reclamen otros de vosotros ese derecho sagrado, respetadlo en ellos, bien así como queríais que le respetasen en vosotros los paganos.

Respetadlo para no manchar al menos la memoria de vuestros confesores, para no profanar siquiera las cenizas de vuestros mártires.

La persecución tiene dos filos; así hiere á la derecha como á la izquierda.

Si olvidareis las lecciones del Cristo, acordaos al menos de las catacumbas.

## XXIX

Conservad con esmero en vuestras almas la justicia y la caridad; ellas serán vuestra salvaguardia, ellas lanzarán de entre vosotros las discordias y las disensiones.

Lo que produce las discordias y las disensiones, lo que engendra los litigios que escan-

dalizan á los buenos y arruinan las familias, es más que nada el sórdido interés, la insaciable codicia de adquirir y poseer.

Trabajad, pues, sin cesar en vencer esa codicia que el enemigo malo excita de continuo dentro de vosotros.

¿Qué os llevaréis de todas esas riquezas que hayais acumulado por buenas y por malas vías? Poco le basta al hombre que tan poco vive.

Otra causa de interminables disensiones son las malas leyes.

Y sin embargo apenas hay leyes buenas en el mundo.

¿Qué otra ley necesita quien profesa la ley de Cristo?

La ley del Cristo es clara, es santa, y no hay nadie que, conservando esta ley en su corazón, no pueda juzgarse á sí mismo fácilmente.

Escuchad lo que me ha sido dicho:

Si los hijos del Cristo tienen altercados entre sí, no deben llevarlos ante los tribunales de los que oprimen la tierra y la corrompen.

¿No hay ancianos entre ellos? ¿Y esos ancianos no son sus padres, conocedores de la justicia y amantes de ella?

Vayan, pues, y busquen uno de esos ancianos, y díganle: Padre mío, no hemos podido concertarnos mi hermano y yo; os rogamos que nos juzguéis.

Y escuchará el anciano las quejas de entrambos, y juzgará entre ellos, y ya juzgados los bendecirá.

Y si se avienen á este juicio, permanecerá sobre ellos la bendición; de no, tornará al anciano, que habrá juzgado en justicia.

Nada hay imposible para los que viven unidos, así para el bien, como para el mal. El día por tanto en que os unáis será el día de vuestra redención.

Cuando los hijos de Israel yacían oprimidos en la tierra de Egipto, si cada uno de ellos, olvidando á sus hermanos, hubiera intentado salir solo, ni uno hubiera escapado; salieron, empero, todos juntos, y nadie los detuvo.

Vosotros estáis también en la tierra de Egipto, encorvados bajo el cetro de Faraón, y bajo el azote de sus cómitres. Recurrid, pues, al Señor, Dios vuestro, levantaos después y salid juntos.

## XXX

Cuando se hubo amortiguado la caridad, y cuando hubo empezado á crecer la injusticia

sobre la tierra, dijo Dios á uno de sus siervos: Vé en mi nombre hacia ese pueblo, y anúnciale lo que veas; y lo que veas sucederá en verdad, si, saliéndose de la senda torcida, no se arrepiente y se vuelve hacia mí.

Y el siervo de Dios obedeció, y vestido de un saco, y habiendo derramado ceniza sobre su cabeza, fuése hacia la multitud, y alzando su voz decía:

¿Por qué irritáis al Señor para vuestra per-



dición? Dejad las sendas torcidas, arrepentíos, y volveos hacia él.

Y oyendo estas palabras, compungíanse unos, y otros se mofaban, diciendo: ¿Quién es este, y qué nos viene á contar? ¿quién le ha dado misión para reprendernos? Es un loco.

Y de repente, el Espíritu de Dios se apoderó del profeta, y descorrióse el velo del tiempo ante sus ojos, y pasaron los siglos delante de él.

Y rasgando sus vestiduras: De esta suerte, dijo, será destrozada la familia de Adán.

Los hombres de iniquidad han compartido la tierra: han contado sus habitantes, como se cuenta el ganado, por cabezas.

Han dicho: Repartámonos esto, y hagamos de ello moneda para nuestros usos.

Hase hecho la repartición, y cada cual ha cogido la parte que le ha tocado, y la tierra y sus habitantes han venido á ser propiedad de hombres inicuos, y allá en su conciliábulo se han preguntado: ¿Cuánto vale nuestra propiedad? Y todos á una voz han respondido: Treinta dineros.

Y han comenzado á traficar entre ellos con esos treinta dineros.

Ha habido compras, ventas, trueques: hombres en cambio de tierra, tierra en cambio de hombres, y oro por señal.

Y cada cual ha codiciado la parte de los otros, y hanse degollado para expoliarse mutuamente, y, con la sangre que ha corrido, han escrito sobre un pedazo de papel: Derecho; y sobre otro: Gloria.

¡Basta, Señor, basta!

He aquí dos que arrojan sus arpones de hierro sobre un pueblo. Cada uno se lleva un pedazo.

La espada ha pasado y vuelto á pasar. ¿Oís esos gritos agudísimos? Son los quejidos de las esposas, y los lamentos de las madres.

Señor, Señor, ¿habrá de ser eterna vuestra ira? ¿vuestro brazo no se extenderá jamás sino para herir? Perdonad á los padres en gracia de los hijos. Dejaos mover por el llanto de esas pobres y pequeñas criaturas, que no distinguen todavía su mano izquierda de la diestra.

El mundo se agranda, la paz va á renacer. Habrá sitio para todos.

¡Maldición! ¡maldición! La sangre corre á ríos, y rodea la tierra como faja roja.

¿Quién es ese anciano que habla de justicia, una copa envenenada en la una mano, y acariciando con la otra á una prostituta que le apellida su padre?

Y dice: La raza de Adán me pertenece. ¿Quiénes son los más fuertes entre vosotros, y se la distribuiré?

Y lo que ha dicho, lo hace; y desde su trono, sin levantarse siquiera, señala su presa á cada uno.

Y todos devoran, devoran; y su hambre va en aumento, y agólpanse los unos sobre los otros, y la carne palpita, y los huesos crujen entre los dientes.

Ábrese un mercado, condúcense á él las naciones con la soga al cuello; las palpan, las pesan; hácenlas andar y correr: tanto valen, menos cuanto. No es ya el tumulto y la confusión anterior, sino un comercio ordenado.

¡Bienaventuradas las aves del cielo y los animales de la tierra! Nadie los violenta; van y vienen como mejor les place.

¿Qué piedras son esas que giran sin cesar y muelen?

Hijos de Adán, esas piedras son las leyes de los que os gobiernan, y lo que muelen y reducen á polvo, vosotros.

Y á medida que el profeta lanzaba sobre el porvenir esos destellos siniestros, apoderábase un terror misterioso de los que le escuchaban.

Cesó su voz de oírse de repente, y pareció como absorto en meditación profunda. El pueblo esperaba silencioso, oprimido el pecho y en palpitante agonía.

Entonces el profeta: Señor, no habéis abandonado á este pueblo en su miseria; no le habéis entregado para siempre á sus opresores.

Y asió de dos ramas, y desnudólas de sus hojas, y, habiéndolas cruzado, uniólas, y las alzaba sobre la multitud, diciendo: Esta será vuestra salvación, por este signo venceréis.

E hízose noche, y el profeta desapareció como sombra que pasa, y se dispersó la muchedumbre por todas partes en medio de las tinieblas.

### XXXI

Cuando después de larga sequía cae una lluvia suave sobre la tierra, bebe ésta ansiosa agua del cielo, que la refresca y la fecunda.

Así también las naciones sedientas beberán con ansia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas, á semejanza de vivificante rocío.

Y la justicia y el amor, y la paz y la libertad germinarán en su seno.

Y será como en los tiempos en que eran todos hermanos, y no se oirá ya más la voz del amo, ni la voz del esclavo, los gemidos del pobre ni los sollozos de los oprimidos, sino cánticos de alegría y de bendición.

Los padres dirán á sus hijos: Nuestros primeros días han sido conturbados, y llenos de lágrimas y agonías. El sol ahora sale y se pone testigo de nuestro gozo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán las madres á sus hijas: Contemplad nuestras frentes, ahora tan serenas: el pesar, el dolor, la inquietud las marcaron en otro tiempo con hondos surcos. Las vuestras semejan á la superficie de un lago, cuando en la primavera ningún viento la riza. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán los mancebos á las vírgenes: Bellas sois como las flores del campo, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las tiñe. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; empero cuando os vemos y cuando paramos á vuestro lado, sentimos en nuestras almas una sensación, que sólo tiene nombre en el cielo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y responderán las vírgenes: Ájanse las flores y pasan; día llega en que ni el rocío las refresca, ni la luz las tiñe. En la tierra sólo la virtud ni se marchita ni pasa. Nuestros padres son como la espiga que se hincha de grano por el otoño, y nuestras madres como la vid, que se carga de fruto. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; dulces nos son también los hijos de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

## XXXII

Yo ví una haya elevarse á maravillosa altura. Desde la copa hasta el tronco casi tendía enormes ramas, que cubrían la tierra toda en derredor, de suerte que ésta paraba desnuda, ni una hierbecilla producía. Al pie del coloso nacía una encina, que, después de haberse elevado algunos pies, se encorvaba, extendíase después horizontal, tornábase á enderezar, y de nuevo se torcía; veíasela, en fin, alargando su cabeza flaca y desnuda bajo las ramas robustas del haya, como en demanda de aire y de luz.

Y díjeme á mí mismo: Así crecen los pequeños á la sombra de los grandes.

¿Quién se reúne en derredor de los poderosos del mundo? ¿quién se acerca á ellos? No en verdad el pobre; se le expulsa; tal presencia empañaría sus miradas. Apártasele con cuidado de su vista y de sus palacios; ni aun le consienten atravesar sus jardines, para todos abiertos, menos para él, porque su cuerpo, gastado por el trabajo, viste las ropas de la indigencia.

¿Quién, pues, se reúne en derredor de los poderosos del mundo? Los ricos y los aduladores que quieren llegar á serlo, mujeres perdidas, ministros infames de sus secretos placeres, farsantes y juglares, bufones que divierten su conciencia, y falsos profetas que los extravían.

¿Quién más? Los hombres de violencia y astucia, agentes de opresión, expoliadores, cuantos dicen, en fin: Entregadnos el pueblo, y nosotros haremos correr su oro en vuestros cofres, y su sustancia en vuestras venas.

Allí donde yace el cuerpo, se reunirán las águilas.

Los pajarillos inocentes construyen su nido en la hierba, y las aves de rapiña en árboles altos.

## XXXIII

En la estación en que las hojas amarillean, un anciano, cargado con un haz de ramas, volví lentamente hacia su choza, situada en la pendiente de un valle.

Y hacia la parte por donde el valle tenía salida, veíanse por entre los árboles desparcidos los oblicuos rayos del sol, oculto ya detrás del horizonte, deslizarse entre las nubes al Poniente, y teñirlas de colores infinitos, que se iban borrando poco á poco.

Y el anciano, ya en su choza, única propiedad con un trozo de tierra en derredor, soltó el

haz de ramas, sentóse sobre un asiento de madera ennegrecido por el humo del hogar, é inclinó la cabeza sobre el pecho como absorto en profunda meditación.

Y de vez en cuando su pecho henchido exhalaba un breve sollozo, y con voz cascada decía:

Yo no tenía más que un hijo: hánmelo tomado; no tenía más que una vaca: hánmela llevado por el impuesto de mi tierra.

Y luego con voz más débil repetía: Hijo mío, hijo mío; y una lágrima humedecía sus párpados gastados, empero sin desprenderse.

En tanto que así se acongojaba, oyó á alguien que decía: Padre mío, ¡sea la bendición de Dios sobre vos y sobre los vuestros!

Los míos, dijo el anciano; ¡ay! ya no hay nadie que me pertenezca, soy solo.

Y, levantando los ojos, echó de ver á un peregrino en pie, á la puerta, apoyado en su báculo; y no ignorando que Dios es quien envía los huéspedes, díjole:

Devuélvaos Dios vuestra bendición. Entrad, hijo; cuanto tiene el pobre es del pobre.

Y encendiendo en el hogar su haz de ramas, púsose á preparar su comida al viajero.

Nada en tanto bastaba á distraerle del pensamiento que le agobiaba, que pesaba allí continuo sobre su corazón.

Y el peregrino, sábedor de lo que tan amargamente le conturbaba, díjole: Padre mío, Dios quiere probaros por mano de los hombres. Ven-se con todo miserias más grandes que vuestra miseria. No es el oprimido quien más padece, sino los opresores.

Meneó el anciano la cabeza, y nada respondió.

Repuso el peregrino: Lo que ahora dudáis, en breve lo creeréis.

Y habiéndole hecho sentar, puso las manos sobre sus ojos, y cayó el anciano en un sueño, semejante al sueño pesado, tenebroso, horrible, que sorprendió á Abrahán, cuando Dios le quiso mostrar las futuras desdichas de su raza.

Parecióle haber sido trasportado á un gran palacio, junto á un lecho, y había al lado del lecho una corona, y un hombre en el lecho, que dormía, y lo que por aquel hombre pasaba, lo veía el anciano, bien así como durante el día ve el hombre despierto cuanto pasa ante sus ojos.

Y el hombre que estaba allí, echado sobre su cama de oro, oía como gritos confusos de hambrienta muchedumbre que pide pan. Se-mejaba aquel ruido al ruido de las olas que se

estrellan en la playa durante la tempestad. Y crecía la tempestad, y se aumentaba el ruido; y el hombre que dormía veía las olas elevarse por momentos, y azotar ya las paredes del palacio, y hacía esfuerzos extraordinarios como si quisiera huir, y no podía, y era suma su agonía.

En tanto que le miraba espantado, se vió el anciano de repente trasportado á otro palacio. El que en él yacía acostado, más semejaba cadáver que hombre vivo.

Y, en su sueño, veía delante de él cabezas cortadas; y, abriendo la boca, decíanle aquellas cabezas:

Nosotros nos habíamos sacrificado por tí, y he aquí el premio que te hemos merecido. Duerme, duerme; nosotros no dormimos. Que acechamos la hora de la venganza; que se acerca.

Y helábase la sangre en las venas del hombre dormido. Y se decía á sí mismo: Si pudiese al menos dejar mi corona á esta criatura; y sus ojos vidriados se volvían hacia una cuna, sobre la cual habían puesto una diadema de reina.

Pero cuando empezaba á serenarse y á consolarse con este pensamiento, otro hombre, que le semejaba en las facciones, asió de la criatura y estrellóla contra la pared.

Y sintióse el anciano desfallecer de horror.

Y vióse trasladado al propio tiempo á dos parajes distintos; y, aunque separados aquellos parajes, para él no eran sino uno.

Y vió dos hombres, que por la edad hubieran podido parecer el mismo hombre, y comprendió que habían sido criados en el mismo seno.

Y era su sueño el sueño del reo, que ha de ser ajusticiado al despertarse. Pasaban delante de ellos sombras envueltas en sangrientas mortajas, y cada una de ellas al pasar los tocaba, y retirábanse sus miembros y se contraían, como para zafarse de aquel contacto de la muerte.

Mirábanse luego uno á otro con una especie de horrible sonrisa, y encendíanse sus ojos, y sus manos se agitaban convulsivamente, apretando un mango de puñal.

Y el anciano vió en seguida un hombre pálido y flaco. Las sombras deslizábanse en tropel hacia su lecho, destilaban su ponzoña sobre su faz, murmuraban en voz baja palabras siniestras, y hundían lentamente sus uñas en su cráneo mojado de sudor frío. Y una figura humana, blanca como un cendal, se le acercó, y sin hablar señaló con el dedo una mancha cárdena que le rodeaba el cuello. Y en la cama en

que yacía, chocaron una con otra las rodillas del hombre descolorido, y entreabrióse su boca de terror, y dilatáronse sus ojos horriblemente.

Y el anciano, yerto de espanto, se sintió trasportado á otro palacio más grande.

Y el que allí dormía respiraba con gran dificultad. Un espectro negro paraba encogido sobre su pecho y le miraba con befa. Y hablábale al oído, y tornábanse sus palabras visiones en el alma del hombre, á quien oprimía y hollaba con sus huesos puntiagudos.

Y veíase éste rodeado de innumerable muchedumbre que lanzaba gritos espantosos:

Nos has prometido libertad, y nos has dado esclavitud.

Nos has prometido reinar por las leyes, y no hay más leyes que tus caprichos.

Nos has prometido respetar el pan de nuestras mujeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para engruesar tus tesoros.

Nos has prometido gloria, y nos has granjeado el desprecio de los pueblos, y su justo aborrecimiento.

Húndete, húndete, y vé á dormir con los perjuros y los tiranos.

Y sentíase precipitado, arrastrado por esa muchedumbre, y agarrábase á sus sacos de oro, y los sacos reventaban y se escapaba el oro, y se esparcía rodando por el suelo.

Y le parecía que vagaba pobre por el mundo, y que, acosado de la sed, pedía de beber por caridad, y que le brindaban un vaso lleno de lodo, y que huían todos de él y le maldecían todos, porque estaba marcado en la frente con la señal de los traidores.

Y el anciano apartó la vista de él con asco.

Y en otros dos palacios vió otros dos hombres soñando suplicios. Porque, decían ellos, ¿dónde estaremos seguros? Minado está el suelo debajo de nuestros pies: las naciones nos detestan, hasta los párvulos en sus oraciones piden á Dios día y noche que se vea libre su tierra de nosotros.

Y condenaba el uno á dura cárcel, es decir, á todos los tormentos del cuerpo y del alma y á muerte de hambre, á desdichados acusados de haber pronunciado la palabra *patria*: y el otro, después de haber confiscado sus bienes, mandaba arrojar en hondos calabozos á dos muchachas, culpables de haber cuidado á sus hermanos heridos en un hospital.

Y como se fatigasen en esta faena, propia de verdugos, llegóronles mensajeros.

Y uno de los mensajeros decía: Vuestras pro-

vincias del Mediodía han roto sus cadenas; y con los pedazos han ahuyentado á vuestros gobernadores y soldados.

Y el otro: Vuestras águilas han sido destrozadas á orillas del gran río; las aguas se llevan sus restos.

Y revolcábanse los dos reyes en sus tálamos.

Y vió el anciano otro tercero. Había lanzado á Dios de su corazón, y en su corazón, en el lugar de Dios, había un gusano que le roía sin cesar, y cuando se avivaba su angustia, pronunciaba entre dientes sordas blasfemias, y sus labios se cubrían de roja espuma.

Y parecíale estar en una llanura inmensa, solo, con el gusano que no le dejaba. Y era aquella llanura un cementerio de un pueblo degollado.

Y he aquí que de repente la tierra se conmueve; ábrense los sepulcros, álzanse los muertos, y se adelantan en tropel; y no podía ni hacer un movimiento, ni exhalar un grito.

Y todos aquellos muertos, hombres, mujeres, niños, le miraban silenciosos; y pasado un breve espacio, cogieron con el mismo silencio las losas de las tumbas, y pusieronlas en torno suyo.

Llegáronle primero á las rodillas, al pecho después, á la boca en fin, y extendía con gran violencia los músculos de su cuello para respirar todavía una vez; empero el edificio se elevaba sin cesar, y, una vez acabado, perdíase su cúpula en una nube.

Las fuerzas del anciano comenzaban á abandonarle: su alma se dilataba de espanto.

Y he aquí que habiendo atravesado varias salas desiertas, divisa en un breve aposento, y sobre un lecho escasamente alumbrado por la pálida llama de una lámpara, un hombre gastado por los años.. . . .

. . . . .

Y fué la última visión. Y habiéndose despertado el anciano, dió gracias á la Providencia por la parte, tal cual era, que en las miserias de la vida le había tocado.

Y dijole el peregrino: Esperad y orad; la oración lo consigue todo. Vuestro hijo no está perdido; vuestros ojos han de volverle á ver antes de cerrarse para siempre. Esperad en paz el día del Señor.

Y el anciano esperó en paz.

XXXIV

No proceden de Dios los males que afligen á la tierra, porque Dios es amor, y cuanto ha

hecho es bueno; proceden, sí, de Satanás, á quien Dios ha maldecido, y de los hombres que han adoptado á Satanás por padre y por señor.

Empero los hijos de Satanás son infinitos en el mundo. A medida que pasan, Dios escribe sus nombres en un libro sellado, que será abierto y leído de todos á la consumación de los tiempos.

Hay hombres que no aman sino á sí mismos; y estos son hombres de odio, porque no amar sino á sí mismo es aborrecer á los demás.

Hay hombres de orgullo, que no pueden sufrir iguales, que quieren mandar siempre y dominar.

Hay hombres de codicia, que solicitan oro de continuo, honores, goces, y que nunca de ellos se ven hartos.

Hay hombres de rapiña que acechan al débil para despojarle, ora por fuerza, ora por arterías, y que giran de noche cabe la morada de la viuda y del huérfano.

Hay hombres de homicidio, que abrigan pensamientos violentos, que dicen: Sois nuestros hermanos; y matan á los que llaman hermanos, tan pronto como los sospechan de oponerse á sus designios, y que escriben leyes con su sangre.

Hay hombres de miedo, que tiemblan ante el malvado, y bésanle la mano, creyendo de esa suerte sustraerse á su opresión, los cuales, cuando un inocente se ve atacado en medio de la plaza pública, se apresuran á recogerse en su casa, y á cerrar las puertas.

Esos hombres todos han destruído la paz, la seguridad y la libertad en la tierra.

No alcanzaréis pues libertad, seguridad, ni paz sino peleando en contra de ellos sin cesar.

La ciudad que han construído es ciudad de Satanás; á vosotros toca reedificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, ama cada cual á sus hermanos como á sí mismo, y por eso no se ve en ella ninguno desamparado, y no padece ninguno, si remedio hay para sus padecimientos.

En la ciudad de Dios, son todos iguales, nadie domina, porque en ella sólo reinan la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios, posee cada cual sin género de temor lo que le pertenece, sin codiciar nada más, porque lo que es de cada uno es de todos, y todos poseen á Dios, que encierra en sí los bienes todos.

En la ciudad de Dios, ninguno sacrifica á los demás á su interés propio, sino antes cada uno